



SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE **BOLLETTINO**

HOLY SEE PRESS OFFICE BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIÈGE PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE SALA DE IMPRENSA DA SANTA SÉ
BIURO PRASOWE STOLICY APOSTOLSKIEJ دار الصحافة التابعة للكرسي الرسولي

N. vicens

Sábado 14.10.2017

Audiencia a los miembros de la Familia Vicenciana

El Santo Padre Francisco ha encontrado esta mañana a las 11,45, en la Plaza de San Pedro, a los miembros de la Familia [al final del Simposio internacional de la Familia Vicenciana] con motivo de los 400 años de la fundación del carisma (Roma, 12-15 octubre 2017).

Sigue el discurso pronunciado por el Santo Padre durante el encuentro.

Discurso del Santo Padre

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Gracias por vuestra calurosa bienvenida y gracias al Superior General por haber ilustrado nuestra reunión.

Os saludo y junto con vosotros doy las gracias al Señor por los cuatrocientos años de vuestro carisma. San Vicente ha generado un impulso de caridad que dura siglos: un impulso que brotó de su corazón. Por eso hoy tenemos aquí la reliquia: el corazón de San Vicente. Hoy me gustaría animaros a seguir este camino, proponiendo tres verbos simples que creo muy importantes para el espíritu vicentino, pero también para la vida cristiana en general: *adorar, acoger, ir*.

Adorar. Son innumerables las invitaciones de San Vicente a cultivar la vida interior y a dedicarse a la oración que purifica y abre el corazón. La oración es esencial para él. Es la brújula de todos los días, es como un manual de la vida, es - escribía - "el gran libro del predicador": Solamente rezando se consigue de Dios el amor que hay que derramar sobre el mundo; solamente rezando se tocan los corazones de la gentes cuando se anuncia el Evangelio. (ver Carta a A. Durand, 1658). Pero para San Vicente la oración no es solo un deber, y mucho menos un conjunto de fórmulas. La oración es detenerse ante Dios para estar con él, para dedicarse simplemente a Él. Esta es la oración más pura, la que deja espacio al Señor y a su alabanza, y nada más: la adoración.

Una vez descubierta, la adoración se hace indispensable, porque es pura intimidad con el Señor, que da paz y alegría, y derrite los afanes de la vida. Por eso San Vicente aconsejaba a uno que estaba sometido a una presión particular, que permaneciera en oración "sin tensión, arrojándose en Dios con miradas simples, sin tratar de tener su presencia con un esfuerzo considerable, sino abandonándose a Él" (Carta a G. Pesnelle, 1659).

Esto es la adoración: ponerse ante del Señor, con respeto, con calma y en silencio, dándole el primer lugar, abandonándose confiados. Para pedirle después que su Espíritu venga a nosotros y dejar que nuestras cosas vayan a Él. Así, también las personas necesitadas, los problemas urgentes, las situaciones difíciles y pesadas entran en la adoración, tanto es así que San Vicente pedía que se "adorasen en Dios incluso las razones que son difíciles de comprender y aceptar (véase Carta a F. Get, 1659). El que adora, el que va a la fuente viva del amor no puede por menos que "contaminarse" por decirlo así. Y empieza a comportarse con los demás como el Señor hace con él: se vuelve más misericordioso, más comprensivo, más disponible, supera sus durezas rigidez y se abre a los demás.

Llegamos al segundo verbo: *acoger*. Cuando escuchamos esta palabra, inmediatamente pensamos en algo que hacer. Pero en realidad acoger es una disposición más profunda: no se trata solamente de hacer sitio a alguien, sino de *ser* personas acogedoras, disponibles, acostumbradas a darse a los demás. Como Dios por nosotros, así nosotros por los demás. Acoger significa redimensionar el propio yo, enderezar la forma de pensar, entender que la vida no es *de mi propiedad privada* y que el tiempo no me pertenece. Es un desprendimiento lento de todo lo que es *mío*: mi tiempo, mi descanso, mis derechos, mis programas, mi agenda. El que acoge renuncia al yo y hace entrar en la vida el tú y el nosotros.

El cristiano acogedor es un verdadero hombre y mujer de la Iglesia, porque la Iglesia es Madre y una madre acoge y acompaña la vida. Y como un hijo se parece a su madre, en los rasgos, así el cristiano tiene estos rasgos de la Iglesia. Entonces es un hijo verdaderamente fiel de la Iglesia, que es acogedora, que, sin quejarse, crea concordia y comunión y con generosidad siembra paz, incluso si no es correspondida. ¡Que San Vicente nos ayude a promover este "*ADN*" *eclesial de la acogida*, de la disponibilidad, de la comunión, para que de nuestras vidas "desaparezca toda acritud, ira, cólera, gritos, maledicencia y cualquier clase de maldad!" (Efesios 4:31).

El último verbo: *ir*. El amor es dinámico, sale de sí mismo. El que ama no se queda en un sillón mirando, esperando el advenimiento de un mundo mejor, sino que con entusiasmo y sencillez se levanta y se va. Lo decía muy San Vicente: "Por tanto, nuestra vocación es ir, no a una parroquia, ni tampoco solamente a una diócesis, sino a toda la tierra. ¿Y para hacer qué? Para inflamar los corazones de los hombres, haciendo lo que hizo el Hijo de Dios, Él, que vino a traer fuego al mundo para inflamarlo con su amor" (*Conferencia del 30 de mayo, 1659*). Esta vocación siempre es válida para todos. Plantea preguntas a cada uno: "¿Salgo yo al encuentro de los otros, como quiere el Señor? ¿Llevo dónde voy este fuego de caridad o me encierro para calentarme frente a mi chimenea?"

Queridos hermanos y hermanas, gracias porque estáis en movimiento por los caminos del mundo, como San Vicente os pediría hoy también. Os deseo que no os detengáis sino que prosigáis sacando cada día de la adoración el amor de Dios y lo difundáis por todo el mundo a través del buen contagio de la caridad, de la disponibilidad, de la concordia. Os bendigo a todos y a los pobres que encontráis. Y, por favor, os pido la caridad de que no os olvidéis de rezar por mí.

